

Tejiendo ecologías de cuidado: experiencias de las comunidades en el cultivo de economías regenerativas

Octubre 2026

"Esta responsabilidad del cuidado... es cuidar la tierra y el territorio, es un tipo de cuidado más espiritual, es incluso cuidarnos a nosotras mismas. [...] Es una cuestión de reciprocidad con nuestras vecinas y vecinos y es una cuestión de redistribución dentro de la comunidad."

Rosa Mamani, Red Chimpu Warmi (Bolivia)

Un clamor colectivo por el cuidado

Sosteniéndose sobre una larga trayectoria de trabajo colectivo que entrelaza la justicia de género con la justicia económica, el derecho a la tierra y los derechos sexuales y reproductivos, integrantes de la Red-DESC alzaron un clamor colectivo por el cuidado como elemento central para sostener la vida en un momento histórico. Al inicio de la pandemia de COVID-19, cuando el mundo enfrentó la necesidad del cuidado como indispensable para responder y recuperarse de crisis entrelazadas, un grupo interregional de integrantes del [Grupo de Trabajo de Mujeres y DESC](#) de la Red-DESC redactó un [Pacto Social sobre los Cuidados](#) como una visión de largo alcance para una "nueva normalidad" dedicada al bienestar y derechos interconectados de las personas y del planeta. Basándose en sus propias realidades vividas dentro de sindicatos de trabajadoras del hogar y sindicatos laborales, movimientos sociales, comunidades indígenas y organizaciones feministas, la membresía utilizó una definición amplia de cuidado. Todo trabajo que sostiene la vida es cuidado – actividades remuneradas y no remuneradas que hacen posible la reproducción social, como cuidar a personas enfermas y recolectar agua, pero también la agricultura, la salud, la educación, la organización comunitaria, la defensa de los derechos humanos y la protección del medio ambiente. En este sentido, la membresía no considera el cuidado como un tema aislado de justicia de género, sino como algo entrelazado con luchas interseccionales por la justicia climática y la justicia de la deuda, así como con la igualdad sustantiva y los derechos laborales en un sentido más amplio.

Enfrentando las raíces sistémicas de las crisis de los cuidados

Las crisis de los cuidados no comenzaron, por supuesto, con la pandemia¹. Por diseño, el capitalismo neoliberal asegura las ganancias de unos cuantos por encima de las necesidades básicas, la dignidad y los derechos humanos de la mayoría, así como de la salud del planeta. Esto conduce a una deshumanización y mercantilización de la vida, que impacta de manera desproporcionada a las mujeres en su diversidad y a otras comunidades. Largas historias de patriarcado —a menudo impuestas a través del colonialismo y entrelazadas con el sistema económico dominante y el racismo estructural— han hecho invisible la reproducción social, han naturalizado el cuidado como responsabilidad de las mujeres, han profundizado la feminización de la pobreza y han intensificado la explotación. Estos mismos sistemas también configuran la organización global del cuidado, dando lugar a cadenas globales de cuidados, en las que las mujeres, particularmente del Sur Global, migran para cubrir los déficits de cuidado en los países más ricos, mientras las desigualdades estructurales permanecen sin abordarse.

Por lo tanto, la negación y desvalorización del cuidado no es una anomalía ni un efecto secundario desafortunado de las crisis interseccionadas de cuidado, deuda y clima que enfrentan nuestras economías y gobiernos en todo el mundo, sino una característica definitoria del sistema operativo global. En contraste, el Pacto Social sobre los Cuidados traza los contornos de futuros alternativos feministas que son más justos, equitativos y sostenibles para todas las personas. Como respuesta a esta lógica dominante, la membresía de la Red-DESC y sus comunidades están imaginando y construyendo economías regenerativas centradas en el cuidado de las personas y del planeta².

Este documento explora las experiencias vividas por las comunidades en la construcción de economías regenerativas centradas en el cuidado. Más que presentar un modelo abstracto para el futuro, visibiliza las diversas prácticas mediante las cuales las comunidades ya están organizando la vida en torno a la reciprocidad, la solidaridad y las condiciones que sostienen a las personas y al planeta.

Seis "Rs" para trazar caminos hacia adelante

¹ El cuidado es un pilar fundamental de la [Carta Común para la Lucha Colectiva](#) de la membresía de la Red-DESC. Véase la «[Respuesta del Grupo de Trabajo sobre Mujeres y Derechos Económicos, Sociales y Culturales a la crisis de la COVID-19](#)», así como el «[Llamado a la Acción Global en respuesta a la COVID-19](#)» de la Red-DESC, para conocer el análisis en profundidad de la membresía sobre la pandemia como crisis del cuidado.

²Entendemos la economía como un sistema social en el que vivimos y desarrollamos nuestras vidas para satisfacer nuestras necesidades y deseos, y que está determinado por normas y valores políticos, culturales y jurídicos. La economía se refiere a la forma en que organizamos nuestras sociedades; a cómo convivimos en relación con nosotres mismos, con los demás y con el planeta; y a cómo accedemos a los recursos, los gestionamos y prestamos servicios esenciales para satisfacer las necesidades humanas en contextos específicos.

Las integrantes articularon un “**marco de las 6R**” como una especie de guía sobre **cómo** lograr este nuevo pacto social sobre los cuidados: reconocimiento, redistribución, reducción, derechos, representación y reconfiguración de la economía como una economía centrada en el cuidado.³

1. Reconocimiento significa hacer visible el valor del cuidado y de quienes cuidan como primer paso- todas las formas de cuidado y todas las personas cuidadoras, remuneradas, no remuneradas, y/o mal remuneradas. El valor debe entenderse de manera integral: como una enorme contribución económica al Producto Interno Bruto (PIB), pero también más allá de ello, como algo esencial para sostener la vida. Esta visibilidad es necesaria para revelar y dismantelar normas patriarcales y estereotipos de género, para informar políticas que generen cambios concretos y para asegurar el respeto como un derecho universal.

2. Redistribución significa hacer del cuidado una responsabilidad compartida dentro de los hogares y las comunidades, el Estado y la sociedad en su conjunto. Esto puede requerir políticas de cuidado transformadoras en términos de género, como licencias parentales remuneradas e intransferibles, un entorno favorable para cooperativas y redes comunitarias de cuidado, así como, en términos más amplios, servicios públicos e inversión pública en infraestructura de cuidado.

3. Reducción significa crear políticas que reduzcan la carga del trabajo de cuidado no remunerado o mal remunerado mediante inversión pública en servicios de alta calidad y accesibles, así como en infraestructura de cuidado, incluyendo agua, educación, saneamiento, salud y cuidados para la niñez, las personas mayores y las personas con discapacidad.

4. Derechos significa el reconocimiento del derecho humano a recibir cuidados de calidad, suficientes y adecuados; a brindar y recibir cuidados en condiciones dignas, ya sea remunerados o no remunerados; y a ejercer el autocuidado y el cuidado colectivo para garantizar el bienestar de todes. Esto incluye garantizar derechos laborales, protección social universal y acceso a la justicia. Un enfoque de igualdad sustantiva e interseccional es fundamental para garantizar el principio de no discriminación.

5. Representación significa asegurar que les trabajadores del cuidado, así como las redes y sistemas comunitarios de cuidado, sean centrales en la gobernanza del cuidado. En la práctica, deben desempeñar un papel de liderazgo en la formulación de políticas, incluyendo la asignación de recursos.

6. Replantear la economía como una economía del cuidado significa avanzar de manera significativa en relación con las otras 5Rs, lo que mejoraría sustancialmente nuestros

³ Las «6Rs» de la membresía comparten elementos con otros marcos similares, como el [Marco de las 5 R de la Organización Internacional del Trabajo para un trabajo de cuidados digno](#). Sin embargo, tal y como se detalla a continuación, la membresía aporta una contribución única con su sexta «R»: replantear la economía como una economía del cuidado, lo que traza una visión transformadora.

sistemas actuales y, por lo tanto, las condiciones materiales tanto de quienes brindan cuidados como de quienes los reciben. Sin embargo, el cuidado no puede simplemente añadirse a un modelo económico organizado en torno al crecimiento ilimitado, la extracción y la obtención de ganancias. Este replanteamiento de la economía también exige enfrentar crisis interrelacionadas, incluyendo mediante la cancelación de deudas y sistemas fiscales progresivos como elementos fundamentales para garantizar el máximo de recursos disponibles para los derechos humanos, la provisión pública de cuidados y la acción climática transformadora en términos de género. El objetivo final es afrontar las causas estructurales de la injusticia mediante transformaciones sistémicas que hagan posibles economías regenerativas centradas en el cuidado de las personas y del planeta.

En palabras de **Mae Buenaventura, del Movimiento de los Pueblos Asiáticos sobre Deuda y Desarrollo (APMDD)**, “el trabajo de construir una sociedad verdaderamente centrada en el cuidado también se asemeja a transformar la sociedad, a cambiar el sistema”. Esta es una forma distinta de ser, pensar y sentir. Replantear la economía implica solidaridad, interdependencia, colectividad y lo común, en lugar de interés propio, individualismo, competencia y privatización. Se trata de una visión enfocada en la transformación, más que una mera reforma, que constituye un desafío para las estructuras de poder que mantienen un status quo tan arraigado. Por ello, la membresía considera la labor de replantear la economía como una economía que centra el cuidado como algo fundamentalmente político.

Existe evidentemente una superposición significativa entre las 6R, y el marco que estas proporcionan no debe interpretarse como una ruta prescriptiva o lineal de una “R” a otra. En la práctica, la membresía está desarrollando estrategias adaptadas a sus contextos particulares —manifestaciones específicas de desafíos sistémicos y oportunidades políticas— que abordan diferentes dimensiones del cuidado y combinaciones de las “Rs”, a menudo de manera paralela. Por ejemplo, algunas miembras trabajan para avanzar distintos componentes de las primeras 5Rs mediante marcos regulatorios y normativos sólidos que pueden utilizarse para presionar a los Estados y a otros actores hacia políticas integrales de cuidado e infraestructura, así como hacia financiamiento progresivo y sostenible. Otras están construyendo economías solidarias informales que en gran medida existen “fuera” del sistema.

Las siguientes secciones **dan vida al pacto social sobre los cuidados**, adentrándose en ejemplos concretos de cómo, en diversos movimientos y territorios, la membresía y sus comunidades están impulsando concepciones y enfoques plurales del cuidado que están dando lugar a la siembra de alternativas transformadoras. Algunas de estas experiencias han existido durante mucho tiempo —por ejemplo, en comunidades indígenas—, mientras que otras han surgido de la necesidad al responder a las crisis. Al potenciar, conectar y crear espacios de aprendizaje entre estas experiencias, incluyendo a través de iniciativas como la de [Investigación Acción Participativa Feminista \(IAPF\) sobre economías centradas en el cuidado](#) de la Red-DESC, profundizamos en la solidaridad, aclaramos los puntos de unidad como colectivo y fortalecemos nuestras demandas compartidas para imaginar y cultivar economías regenerativas que pongan en el centro el cuidado

de las personas y del planeta. **El objetivo no es llegar a una definición única o universal de cómo debe operacionalizarse el marco de las 6R o qué constituye una “economía regenerativa centrada en el cuidado”.** Más bien, lo que surge es un rico mosaico de lo que significa el cuidado, de cómo podrían ser y sentirse los mundos centrados en el cuidado, y de los múltiples caminos que coexisten y se entrecruzan para llegar a ellos.

El cuidado como derecho social

Entendido como un derecho social, el cuidado es esencial para un nivel de vida adecuado, tal como se garantiza a todas las personas en el Artículo 11 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (PIDESC), y es interdependiente con los demás derechos y compromisos del mismo. Como enfatiza **Claribed Palacios, presidenta de la Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico (UTRASD)**, “sin cuidado no hay justicia social; y sin justicia social no hay derechos humanos. Por eso los Estados deben apropiarse de la agenda del cuidado como un derecho y reconocerlo como un pilar esencial para la justicia social y la igualdad de género, superando la visión que históricamente ha puesto esta responsabilidad casi exclusivamente en las mujeres”.⁴

Un hito clave en el avance del reconocimiento del cuidado como derecho social es la decisión histórica de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (Corte IDH, [Opinión Consultiva 31/25](#)). En consonancia con una [intervención conjunta](#) de más de 10 organizaciones de la red de distintas regiones, la Corte reconoció el derecho al cuidado como un derecho autónomo, particularmente, el derecho a recibir cuidados de calidad, suficientes y adecuados; a brindar cuidados en condiciones dignas, ya sean remunerados o no remunerados; y a ejercer el autocuidado para garantizar el bienestar.

La membresía está explorando estrategias innovadoras para utilizar esta decisión, incluso a través de acciones de incidencia basadas en las realidades vividas de les trabajadores del cuidado. Las décadas de experiencia y el liderazgo sostenido de los sindicatos de trabajadoras del hogar⁵, así como de organizaciones feministas, son fundamentales en este ámbito. Sus procesos organizativos muestran cómo el trabajo de cuidados sostiene economías enteras, mientras que les trabajadores —principalmente mujeres racializadas y económicamente marginadas— permanecen excluidas de derechos y protecciones, lo que subraya la urgencia de avanzar en el reconocimiento del cuidado como derecho humano.

⁴ Red-DESC, “[La Corte Interamericana reconoce el cuidado como un derecho humano: un logro de los movimientos feministas y de derechos humanos](#)”, 26 de agosto de 2025. Ver también la entrevista de la Red-DESC a Claribed Palacios, “[Nosotras movemos el mundo”: trabajo doméstico, antirracismo y poder colectivo en Colombia](#)”.

⁵ Entre ellas se encuentran organizaciones como la Unión Nacional de Empleados Domésticos (NUDE) de Trinidad y Tobago, el Sindicato Nacional de Trabajadores y Trabajadoras del Hogar (SINACTRAHO) de México y la Unión de Trabajadoras Afrocolombianas del Servicio Doméstico (UTRASD) de Colombia.

Como expresa **Valentina Contreras, de la Iniciativa Global por los Derechos Económicos, Sociales y Culturales (GI-ESCR)**, “ante las crecientes medidas de austeridad que están adoptando muchos países, el reconocimiento del derecho humano al cuidado y los compromisos relacionados con el aumento de la inversión se convierten en una vía importante para impulsar nuestra labor de incidencia.” En este contexto, espacios regionales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) —a través de su iniciativa para construir “*sociedades del cuidado*”— se han convertido en plataformas relevantes donde muchas miembras están impulsando demandas y fortaleciendo la incidencia. Como resultado de esta labor, el [Compromiso de Tlatelolco](#), adoptado en la 16ª sesión de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe (agosto de 2025), ofrece una hoja de ruta de políticas hacia la sociedad del cuidado.

El cuidado como reparación frente a la injusticia de la deuda y el clima

Replantear la economía con el objetivo último de cultivar economías regenerativas centradas en el cuidado requiere hacer frente a la policrisis de deuda- cuidado- clima. Las pérdidas y daños no son un futuro lejano, sino una realidad de la crisis climática ya existente, que solo continuará intensificando las cargas desproporcionadas de cuidado que recaen sobre las mujeres en toda su diversidad. Incluso cuando existe voluntad política para subsanar el déficit de infraestructura de cuidados o impulsar soluciones climáticas lideradas por los pueblos, los países atrapados en deudas ilegítimas e insostenibles son sometidos a condicionalidades y medidas de austeridad que reducen drásticamente el gasto público, eliminan protecciones laborales y derechos de les trabajadores, aumentan impuestos regresivos y profundizan la privatización de servicios y bienes esenciales. Cuando se recortan los gastos en servicios públicos y en cuidado, en medio del aumento de precios de otras necesidades básicas, muchas personas —especialmente mujeres— se ven obligadas a asumir deudas personales insostenibles para garantizar el bienestar de sus familias. Las crisis de deuda soberana se convierten en crisis de deuda personal. Este es un mundo al revés.

“Este hipotecar el futuro debe y tiene que detenerse. Parte de esto implica resistir la austeridad fiscal que impone el FMI, porque esto compromete los derechos que son clave para construir economías y sociedades centradas en el cuidado.” **Mae Buenaventura, Movimiento de los Pueblos Asiáticos sobre Deuda y Desarrollo (APMDD)**

En contraste, la membresía está imaginando y construyendo futuros posibles anclados en el entendimiento de que la inversión en sectores de cuidado es simultáneamente una inversión en sectores de bajas emisiones de carbono. Por lo tanto, el cuidado es un pilar fundamental en las transiciones justas y equitativas alejadas de una economía impulsada por combustibles fósiles. La protección ecológica de los Pueblos Indígenas, a menudo liderada por mujeres, ofrece modelos clave para la acción climática. Las reparaciones que reflejen la responsabilidad colonial histórica y que se destinen directamente a las comunidades más afectadas pueden reparar los daños y constituir un apoyo fundamental para las soluciones impulsadas por la población. La financiación

climática basada en subvenciones y que sea transformadora en términos de género es fundamental para poner fin a los ciclos viciosos de deuda que afectan de manera desproporcionada a las mujeres y a otras personas oprimidas por razones de género.

En Tanzania, Maria Matui, de **Women Action Towards Economic Development (WATED)**, organización socia de la IAPF de la Red-DESC, destaca cómo el aumento de la deuda externa, la reducción de los fondos públicos y el agravamiento de los impactos climáticos —como sequías, degradación del suelo, escasez de agua e inundaciones devastadoras— están profundizando las cargas de cuidado en comunidades vulnerables al clima. Las mujeres y las niñas asumen la doble responsabilidad de sostener los hogares y los ecosistemas. Su trabajo de cuidado remunerado y no remunerado —incluyendo la agricultura sostenible, la recolección y protección del agua, la preservación de semillas y la adopción de energías renovables— sustenta la supervivencia comunitaria, a pesar de permanecer en gran medida invisible en los sistemas económicos dominantes. Las iniciativas lideradas por mujeres, como la reforestación y el compostaje, la producción de combustibles sostenibles y limpios para cocinar, las cooperativas para movilizar recursos y el cuidado colectivo de los niños, demuestran cómo las prácticas y los sistemas de cuidado liderados por la comunidad ya están construyendo resiliencia climática que puede servir de modelo para una acción climática a mayor escala, enraizada en los conocimientos intergeneracionales e indígenas. Esto subraya cómo la propiedad de la tierra por parte de las mujeres y la autodeterminación y soberanía territorial de los Pueblos Indígenas son fundamentales para la justicia climática. Iniciativas como estas constituyen una base para una financiación climática transformadora en términos de género y para las reparaciones y, en última instancia, para economías regenerativas que valoran la vida por encima del pago de la deuda. En palabras de Maria, de WATED: “Si la deuda es lo drena nuestro futuro, el cuidado es la forma en que podemos reclamarlo”.

En la región del Sudoeste de Asia y Norte de África (SWANA por sus siglas en inglés), una de las organizaciones socias de la IAPF⁶ está organizándose en torno al trabajo agrícola de las mujeres como una forma de cuidado, destacando su papel central en la resiliencia económica y climática. Las mujeres rurales sostienen los ecosistemas y los medios de vida al tiempo que impulsan la sostenibilidad ambiental, pero continúan enfrentando barreras para la organización, la protección social y el reconocimiento legal. Fortalecer la capacidad de las mujeres para formar sindicatos y cooperativas es fundamental para asegurar sus derechos, ampliar su participación en la toma de decisiones y facilitar su soberanía alimentaria mediante la propiedad colectiva de medios esenciales para la vida, como semillas, ganado y tierra.

El cuidado como nutrición y sanación del cuerpo-territorio

Juana Toledo, del **Consejo de Mujeres Ix Nab'il** en Guatemala, ha compartido cómo las mujeres indígenas de su comunidad entienden y viven el cuidado como un acto espiritual, político y colectivo que une el cuidado y la sanación del cuerpo y de la tierra como territorios inseparables. El cuidado está enraizado en la reciprocidad y la interdependencia —entre ellas y con el mundo natural—, sosteniendo tanto a las personas como al territorio. Dentro de la cosmovisión maya, todo y todes están conectados —ancestros, animales, espíritus, plantas, bosques—. El cuidado del

⁶ Se omite el nombre por motivos de seguridad.

cuerpo depende del cuidado del suelo, del agua y de la comunidad... del sostenimiento de la vida en todas sus formas en equilibrio. Una ruptura en cualquier punto destruye ese equilibrio. Mantener viva la memoria y el conocimiento ancestral es esencial. Sin embargo, tanto el pasado como el presente son historias de violencia, colonización, conflictos armados y extractivismo. Daniel Santi, del **Pueblo Sarayaku** en Ecuador, expresa la misma realidad: ni los Estados ni las empresas —mineras, madereras o forestales— entienden este ciclo de equilibrio, vida y cuidado. Al carecer de una comprensión espiritual de lo que significa ser humano, su conciencia está arraigada en la discriminación y la exterminación.

La explotación y los daños que afectan de manera desproporcionada a los cuerpos de las mujeres en toda su diversidad tienen las mismas raíces sistémicas que los perpetrados por las empresas transnacionales contra la Madre Tierra: el patriarcado, el capitalismo y el racismo, como sistemas entrelazados de opresión y despojo. A menudo, el vínculo es aún más directo: son los actores contratados por las empresas mineras o cómplices de estas, por ejemplo, quienes amenazan, agreden o matan a las mujeres y a las defensoras del medio ambiente. El cuidado consiste en prácticas y espacios para sanar las repercusiones de esta violencia: reconocer las lesiones físicas y emocionales a lo largo del tiempo y fortalecer los vínculos entre las personas y con la tierra.

Este es también el camino de la organización socia de la IAPF **Porgera Red Wara (River) Women's Association**, una organización de base liderada por mujeres en Papúa Nueva Guinea que apoya a comunidades indígenas afectadas por décadas de abusos ambientales y de derechos humanos causados por la mina de oro de Porgera. Las mujeres y sus comunidades han desarrollado prácticas colectivas de cuidado para sobrevivir y sanar estas violaciones —incluidos abusos sexuales. Colocar en el centro tanto sus historias de los daños sufridos, así como sus soluciones es clave para avanzar en formas de reparación y justicia restaurativa culturalmente arraigadas, enraizadas en la sanación, la reconciliación espiritual con la tierra y el restablecimiento de la armonía social, y capaces de informar marcos jurídicos justos. Como expresó Juana, de Consejo, sanar es también luchar, con la posibilidad de la emancipación... “el dolor se transforma en una ofrenda para otras personas, una canción se convierte en una guía... porque cuando sanas tú, sano yo, y cuando yo sano, tú también sanas”.

El cuidado como resistencia y resiliencia

“Aquí, el cuidado es más bien una forma de supervivencia y de resistencia. Cada acto de cuidado —alimentar a una familia, ayudar a una persona vecina, acompañar el aprendizaje de las infancias— es una manera de decir que seguimos aquí, seguimos conectados y no seremos borrados.” **Aseel Tork, Centro Bisan para la Investigación y el Desarrollo, Palestina**

Aseel describe cómo el cuidado es una forma de resistencia y resiliencia en el contexto de la lucha palestina por la liberación y la autodeterminación. Comunidades de todo el mundo se enfrentan a innumerables formas de violencia e injusticia, desde la agresión del desarrollo hasta el genocidio, con el abandono organizado como una constante. Precisamente a causa de esta violencia, y no a

pesar de ella, las mujeres se están auto organizando en redes de solidaridad, grupos de ayuda mutua, cooperativas, grupos de protección comunitaria, centros de atención sanitaria y otros colectivos para garantizar sus necesidades y derechos básicos. Estas alternativas centradas en el cuidado surgen por necesidad, a menudo en respuesta a crisis, llenando vacíos y sosteniendo la vida cuando los sistemas formales fallan. La resistencia no es un punto final, sino un puente hacia un cambio transformador.

Por ejemplo, frente a la intensa agresión de actores estatales y corporativos que afectan al pueblo afroindígena garífuna, el movimiento social **Organización Fraternal Negra Hondureña (OFRANEH)** ha impulsado la seguridad y soberanía alimentaria a través de iniciativas lideradas por mujeres, como cocinas comunitarias y redes de cuidado, el mantenimiento colectivo de la agricultura de subsistencia y la recuperación de tierras. Ante los impactos catastróficos de la pandemia de COVID-19, nuestro miembro sudafricano **Abahlali baseMjondolo** —un movimiento de más de 180.000 habitantes de asentamientos informales— reforzó una red de solidaridad alimentaria en medio del aumento del hambre y tasas récord de desempleo, mientras enfrentaba una creciente represión. En Argentina, una derecha extrema fortalecida no solo ha frenado avances clave en relación con la agenda de cuidados, sino que también ha revertido conquistas logradas con esfuerzo. El gobierno de Milei ha eliminado ministerios clave dedicados a mujeres, género y diversidad, así como al medio ambiente, y sus “reformas económicas” han sido descritas como un “plan motosierra” de austeridad mediante recortes drásticos del gasto público y la eliminación de subsidios fundamentales. En este contexto de precariedad, nuestras socias de la iniciativa de IAPF, el **Sindicato de Obreros Curtidores de la República Argentina (SOCRA)** y la Cooperativa de trabajadoras “Delia Parodi”, están impulsando el reconocimiento del trabajo de cuidado comunitario como trabajo. Específicamente, destacan cómo las mujeres y personas LGTBIQ+ de la cooperativa actúa como una red de cuidado comunitaria, brindando servicios de cuidado a personas mayores y de cuidado infantil a través de “nodos de acción territorial”. Su labor fomenta la promoción de marcos jurídicos que garanticen condiciones laborales dignas, incluido el reconocimiento y la formalización de las funciones de cuidados comunitarios como elementos esenciales para el bienestar económico y social.

Volviendo a Palestina, el trabajo del **Centro Bisan para la Investigación y el Desarrollo** pone de relieve cómo las mujeres están gestionando el cuidado y la supervivencia económica en Cisjordania y Jerusalén Este, donde la vida está marcada por sistemas de control que convierten a cada comunidad en un enclave aislado, social y físicamente. Los puestos de control bloquean la circulación, las opciones de cuidado infantil son escasas y las protecciones sociales son inexistentes. En este contexto, las mujeres están movilizando economías informales de cuidado basadas en la solidaridad para poner en común y compartir recursos (abono, semillas, alimentos, espacios de cocina), cuidar a las infancias y las personas mayores, y vender los productos de unas a otras en los mercados. Con la destrucción de los campamentos de refugiados, las infancias han perdido acceso a las escuelas, por lo que un grupo de mujeres desplazadas transformó refugios en escuelas y guarderías. En medio de la destrucción y la fragmentación, garantizar los derechos y la educación de la niñez es un acto político. Enseñar a las generaciones más jóvenes sobre sus

pueblos, su patrimonio y sus tradiciones ancestrales mantiene viva la cultura y la memoria. Otro grupo de madres creó cajas sensoriales para compartir e intercambiar cuando sus hijos con autismo experimentaban una regresión como resultado de la pérdida de acceso a los programas en las escuelas y centros comunitarios. Las mujeres se reúnen para intercambiar ideas, trabajar juntas y apoyarse a nivel emocional y económico, resistiendo el aislamiento y el borrado de las necesidades de sus hijos. Se trata de enfoques de cuidados basados en la tenacidad, la cooperación, la responsabilidad mutua y la confianza. Para Bisan, el objetivo de dar mayor visibilidad a estos proyectos es influir en políticas que mejoren la protección social, el acceso al mercado y el apoyo institucional a las actividades económicas informales lideradas por mujeres, haciendo visible y valorando los actos cotidianos de trabajo de cuidado que sostienen la vida. Lograr estas mejoras en el contexto actual supondría un cambio transformador, sentando las bases para dar nuevos pasos hacia economías regenerativas centradas en los cuidados en Palestina.

Surge un hilo común

A lo largo de estos territorios y luchas interconectadas, surge un hilo común: el cuidado no es simplemente un complemento de la economía impulsada por el lucro, ni una virtud privada confinada al ámbito doméstico. Es una fuerza colectiva y política que sostiene la vida en medio del abandono, la extracción y la violencia estructural. Desde mujeres rurales que cultivan cosechas resistentes a la sequía en Tanzania, pasando por las mujeres indígenas defensoras que sanan cuerpo-territorio en Guatemala y Papúa Nueva Guinea, hasta madres palestinas que transforman refugios en escuelas, estas prácticas hacen más que llenar vacíos dejados por el Estado: prefiguran un horizonte distinto. Nos muestran que las economías pueden organizarse en torno a la reciprocidad en lugar de la explotación, en torno a la memoria en lugar del borrado, en torno a la solidaridad en lugar del lucro. En este sentido, el Pacto Social sobre los Cuidados no trata sólo de reformas de políticas, sino de un compromiso colectivo para reorganizar nuestras sociedades en torno a la dignidad de la vida.

Tejer ecologías de cuidado, entonces, es construir poder conectando luchas en todo el mundo —por la justicia de la deuda, la justicia climática, la justicia de género, los derechos laborales, la tierra, la autodeterminación y la liberación. Es afirmar, en la práctica, que otro sistema no solo es necesario, sino que ya se está cultivando en los actos cotidianos mediante los cuales las comunidades se mantienen vivas unas a otras —y al planeta. Este mosaico será una obra en proceso, que irá creciendo y cambiando a medida que la membresía y sus comunidades sigan trazando múltiples caminos —que coexisten y se entrecruzan— hacia economías regenerativas centradas en el cuidado de las personas y del planeta.

Rosa, de la Red Chimpu en Bolivia, cerró nuestro seminario web [“Tejiendo Ecologías de Cuidados”](#) (octubre de 2025) invitando a compartir palabras de solidaridad con Palestina mientras mostraba su territorio en pantalla: el viento moviéndose entre los pastos y los árboles de la tierra que ella cuida y que también cuida de ella.

